

Óscar Moro Abadía, *La perspectiva genealógica de la historia*.  
Santander: Universidad de Cantabria, 2006.

---

La vieja meta de validar “científicamente” la tarea de las “ciencias sociales”, tan cara a los intelectuales de los albores del siglo XX, parece no desaparecer con nuestra “decadencia”, como si fuese posible una epistemología comprometida con los tiempos que vivimos. Ello, en principio, tendría ventajas: permitiría no solo justificar la propia existencia de tales disciplinas, cuya producción de conocimiento es por todos sabida –e incluso pagada–, sino también su credibilidad como instancias efectivamente académicas, es decir, generadoras de un significativo bagaje cultural; aunque no deja de generar sospechas, sobre todo porque la tarea de pensar lo social suscita muchas veces más dudas que convencimiento y seguridad. Mas, no podemos dejar de sentir la tentación de reiterar la necesidad de pensar una fundamentación para que se pueda decir sin temor, se pueda opinar sin tanta dilación [o desdén de parte de quienes les escuchan], o sin tanto trabajo meramente estadístico; aunque siempre un poco lejos de la eficacia y la seguridad con la que muchos otros se sientan a dictar cátedra.

Con todo, semejante objetivo filosófico, que tantas veces vemos ejemplificado en los planes de estudio de las carreras universitarias de lo social, parece ya inviable o al menos excesivo a la luz de la caída de la identidad cognitiva, la muerte de los grandes proyectos ontológicos y la “mundanización” -entiéndase relativización- de nuestros valores -inclúyase evidentemente la cuestión de la verdad-. Si Dios ha muerto, los ejes del poder luchan tan solo por sobrevivir, y la propia noción de humanidad es, más que una pregunta, un paréntesis ideológico; pareciera que lo mejor es dar paso a un nuevo olvido del ser, una reontologización de lo dado, tanto en

su mero darse, como en su interpretación y más aún en su predicación; en otras palabras, lo más lógico es suspender todo criterio universalista puro y entregarse a la hipostación de alguno, o algunos, como si lo fuesen, sin que ello nos elimine completamente la conciencia de indigencia preformativa.

Mas, ¿podemos pensar aún en un proyecto epistémico de semejante envergadura? En principio habría que espantar algunos fantasmas que nos podrían asustar: Aristóteles o Descartes, por ejemplo; aunque el mayor acaso sea el modelo ilustrado, que tiene en el kantismo su expresión más sublime, en la medida en que parece sustentar esa incómoda racionalidad que olvida el valor de la emoción y la pasión. En nuestros tiempos parece imponerse una lógica de la superación y no por una ideología “desarrollista”, que ya sabemos que nos está llevando al debacle, sino por una voluntad de no repetir los excesos del pasado.

Es esta la primera impresión que habría de dejar la obra de los grandes impugnadores de la Modernidad, con Nietzsche a la cabeza y Foucault como uno de sus instrumentadores, en la medida en que la filosofía tendría que ser más un modo de ruptura, una afrenta al poder de una racionalidad que se ha olvidado de nosotros, de nuestra *vida*, que una apuesta propositiva.

No obstante, las voces *nuevas* en los tiempos de nuestra “ultra-posmodernidad”, incluso leyendo a los “grandes”, parecen llamarnos a un sosiego, una resemantización de los extremos: no era para tanto, sino para algo más.

Óscar Moro en el texto que reseñamos precisamente, no se presta a esos extremos que nos dejan ya mudos, cual seguidores del juego

retórico gorgiano del no ser, o inmersos en la indefinición, que más propicia la imposición de criterios de poder para definir la propia realidad. Moro cree en un perspectivismo genealógico que, por supuesto, no puede pasar sin destrozar buena parte de lo concedido, pero que es capaz de generar un proyecto: un sentido del saber y del hacer. Para ello, abre una puerta: la historia, aunque bien podría haber descrito otros espacios, porque aquella es casi una suerte de modelo para construir.

El texto aborda con orden y claridad la obra de Michel Foucault, primero mostrando la tradición filosófica a la que se debe: el pensamiento nietzscheano, sin duda su hilo conductor, especialmente en la comprensión de la indagación histórica -perspectivismo vinculado con una lectura crítica de la procedencia y la sobrevaloración /la tendencia al eminentismo/-; y el kantismo en su vertiente crítica, esto es, en cuanto reconstructor de los alcances cognitivos de nuestros saberes, bajo el supuesto básico de un ideario ilustrado -una analítica racional que permita alcanzar una ontología, pero de lo presente, de lo que somos y quizás de lo que podemos llegar a ser y construir-.

Entendidos estos contextos filosóficos foucaultianos, Moro retoma temas de matriz nietzscheana, aunque con aplicaciones exitosas en el pensador francés: el problema de la verdad y las complejas representaciones que genera el poder. La primera cuestión permite darle identidad y sentido a los alcances de la genealogía como método histórico con perspectiva filosófica, aunque sobre todo logra acotar los extremos que epistémicamente podemos tener en los ámbitos sociales -las ciencias "duras" no entran en discusión, pero bien pueden resultar el objetivo querido de la voluntad de verdad moderna-. El fenómeno específico que Foucault analiza para aplicar su perspectiva es el derecho, el cual permite de un modo particular ver no solo la relatividad de los logros veritativos, sino también su intensa correlación el poder. El tema en la obra del filósofo parece ir evolucionando con los tiempos, y de manera especial en relación con su intensa vida: de una perspectiva pasiva del poder, que vive y más soporta los excesos de los "de arriba", hasta el empoderamiento de fuerzas liberadoras, que "desde abajo" irrumpen para superar no solo

la imposición, sino sobre todo alcanzar el ideal kantiano de la autonomía, eso sí bajo la égida del "ego" nietzscheano. Es en esta vía donde se despliega el ámbito más propositivo del autor: Foucault nos conmina para construir una subjetividad fuerte que comprendiendo su genealogía, su historia, su "verdad" abre un sentido para sí, donde la voluntad de poder tiene pleno sentido, reconstruyendo nuestra perspectiva de mundo.

El texto de Moro posteriormente sintetiza uno de los más importantes y conocidos logros metodológicos foucaultianos: el concepto de dispositivo, un mecanismo teórico que intenta modular estructuraciones de relación no estratificadas y que sobre todo permite entender elementos cruciales del mundo social. Este elemento, que permite a Foucault superar el estructuralismo que inicialmente pareció definirle, precisamente al llevarle a divisar los componente de subjetividad que le sostienen aún a la tradición "moderna", sin dejar de ser un aparente baluarte del llamado "posmodernismo" -entendamos este como una suerte superación del proyecto racionalista que en sus expresiones más banales llegó a imaginar un final de la historia, entre otros exabruptos. El texto de Moro, por cierto, muestra cómo la censura de "posmoderno" que se le hizo al pensador francés no era más que una expresión pasional, acaso cargada de temor, frente a lo desconocido o a lo aborrecido-.

Con estos antecedentes Moro nos lleva a uno de los temas imán de Foucault, el asunto al que más tiempo le dedicaría en sus últimos años de vida: la sexualidad. Se trata, sin duda, de un *dispositivo* ejemplar, uno que se constituye para *determinar*, esto es, clasificar y descalificar, así como para orientar la verdad y el poder de que somos capaces, en busca de liberarnos de los "peligros" y "excesos" ya no de pecadores, como lo sería en tiempos de mayor determinación de las perspectivas religiosas, sino de enfermos psíquicos y sociales que a *todos nos ensucian*. El filósofo francés, como bien sabemos, no quiso ocultar sus preferencias en este sentido, pero lo que privó en su hacer y pensar no era sino su mayor pasión: la recuperación de nuestra autonomía, la mayor riqueza que se vislumbra en y para nuestra existencia; esto precisamente a partir de una dilucidación de la historicidad de lo establecido como

cierto y bueno. La sexualidad se constituye en un modelo de aprehensión que puede ser reconstruido históricamente para generar nuevas perspectivas, o reconstituir algunas perdidas.

Moro concluye su estudio insistiendo en la perspectiva que traza Foucault a lo largo de su obra: se trata de habilitar un proyecto moderno, pero con las armas de una historia crítica, forjada a la manera genealógica, esto es, relativizando y situando. En última instancia quizás esto no va más allá de Kant y su proyecto crítico, una mirada ilustrada e ilustradora, aunque sin dejar de construir con atrevimiento, al ritmo de los tiempos y con la firmeza de quien sabe que antes se debe pasar por la febril tarea de derruir lo que pueda cercenar nuestra vida.

Así pues, frente a la cuestión que situábamos inicialmente, que nos lleva a preguntarnos por una "ciencia social" validable epistémicamente, la respuesta es tanto sí como no: sí en la medida en que es posible concebir todavía un saber desde una racionalidad básica, que respete las diferencias, que asuma con rigor los acontecimientos, incluso interviniendo en los mismos -no podemos olvidar que hay compromisos que asumir, batallas que luchar, sentidos que construir-. Y no, porque nuestra criticidad no pretende encontrar elementos de trascendencia, como si fuese posible encontrar un estadio de universalidad o de principios incondicionados que no ameriten relativización; un programa perspectivista se sabe acotado en el tiempo y en el espacio, con un sentido de lo histórico que nos determina; para qué, si no, la genealogía. Mas entre estos dos extremos siempre existen canales de mediación, o acaso pliegues, que vengan a jugar en el estira y encoge con lo que esperamos que sea cada vez más y mejor.

En la lectura de Moro la perspectiva foucaultiana resulta realmente tentadora, no solo por

su riqueza y viabilidad, sino también por los amplios vacíos que deja, esos que precisamente ambicionan aprovechar los que siguen el sendero filosófico. Pero esto evidentemente no nos exime de mantener frente a ella una mirada crítica, una que nos prevenga de desvíos innecesarios o posicionamientos excesivos. Habría que decir que el texto de Moro es menos aventurado en este sentido de lo que podría esperarse. De alguna manera se muestra una tendencia congruente con lo que suele acontecer frente a un autor que genera pasiones encontradas: o se le rechaza y censura con fiereza o se le presenta de forma apologética. Y si la filosofía se hace "a martillazos", como pediría Nietzsche, la obra de Moro quizás peca de ofertar un lado más positivo de lo necesario. Junto a esta posible debilidad, tendríamos que destacar que el kantismo que se impulsa en esta lectura, deja una sensación de excesivo "modernismo", cuando el supuesto básico que parecía privar en el pensador francés era su superación: ir más allá de nuestras razones tradicionales, llámense tecnológicas, metafísicas, subjetivas, culturales o filosóficas. Ciertamente ir *más allá* parece ser una relativización o un abandono del propio proyecto filosófico; pero ello es posiblemente objetable, aunque la faena parezca tan enajenante.

En este sentido, quizás podría repensarse esa famosa afirmación de Foucault destacada por el propio Moro en su última entrevista, cuando se declara lector de Heidegger. Esto debe llamarnos a su reconsideración, así como lo está su apasionada lectura de los griegos, que a quienes nos dedicamos a ellos no deja de inquietar. Es esto último, por cierto, una ausencia notable en este libro que sin duda llenará las expectativas de quienes creen posible pensar la prioridad filosófica en este francés, cuyos alcances todavía estamos lejos de definir.